

En busca de Alejandro

Se publica en España la biografía de Alejandro Magno escrita por Pietro Citati

Francisco R. Pastoriza

No se puede decir más ni mejor, en tan pocas páginas, acerca de Alejandro Magno (356 a.C.). El escritor italiano Pietro Citati, que tiene entre sus obras espléndidas biografías de Kafka, de Tolstói, de Goethe, de Proust... ha hecho en esta obra, "Alejandro Magno" (Gatopardo Ediciones), un bello ejercicio de concisión de una vida corta en años (Alejandro murió cuando apenas contaba 33) pero larga en conquistas y avatares, escrita, además, con un lenguaje evocador que hace de su lectura una sensación placentera.

No sabemos cómo era físicamente Alejandro Magno sino a través del busto que esculpió Lisipo, actualmente en el Museo Británico, y de la descripción que de él hizo Plutarco: "de carne blanca y delicada con toques de color púrpura en las mejillas, de mirada cálida y nítida dulzura...". Lo que sí sabemos es de sus conocimientos de botánica, de matemáticas y de medicina, y de su afición a la filosofía (Aristóteles fue su mentor desde niño) y a la literatura (era un lector apasionado de "La Ilíada" y conocía al detalle las obras de Píndaro y Eurípides). Todo lo cual no hacía prever un futuro de guerrero, estratega y conquistador sino de ciudadano culto o de político ilustrado. Más testimonios han trascendido sobre su carácter, de una personalidad contradictoria que iba del entusiasmo a la frialdad, del desenfreno a la moderación, de la crueldad a la compasión.

Así como algunos personajes históricos que le sucedieron, de Julio César a Napoleón, lo tomaron como ejemplo, Alejandro Magno encarnó voluntariamente los mitos de tres divinidades (Dionisos, Hércules y Aquiles) y de un héroe real, Ciro el Grande. Sobre estas figuras reconstruye Pietro Citati la biografía de un Alejandro que se fue convirtiendo, para alcanzar los logros de sus vidas ejemplares, en el dueño de un imperio que se extendió por tres continentes gracias a su ambición sin límites. Rompió o deshizo (según las versiones) el nudo gordiano para liberar la lanza del yugo al que estaba atada en un carro que según la leyenda había pertenecido al rey Midas: el oráculo decía que quien lo desatara se convertiría en el rey del mundo. Sus padres, Filippo de Macedonia y Olimpia, le hicieron creer que descendía de Aquiles por línea materna y de Hércules por parte de padre. Él mismo se creía hijo del dios Amón, y este origen

divino explica su arrojo y su arriesgado desprecio por la vida, así como su desafío a la Fortuna, por creer que contaba con la protección de los dios.

Dionisos era la deidad a la que rendía mayores tributos y dedicaba más sacrificios. La conquista de la India fue para emular la de Dionisos 6.500 años antes, para encontrar las maravillas que Ctesias de Cnido contaba en sus crónicas fantásticas. En un arrebato de ira, después de un banquete en Maracanda durante el que había bebido demasiado, alanceó a Clito el Negro, su amigo de la infancia y uno de sus mejores generales, que le había salvado la vida en la guerra contra Persia. Para curar sus remordimientos los adivinos le hicieron creer que se trataba de un castigo de Dionisos en venganza por haberse olvidado de ofrendar un sacrificio durante las celebraciones de las fiestas dedicadas a los dios.

La figura de Hércules se encarna en la ira destructiva de Alejandro, capaz de ordenar el incendio de los palacios de Persépolis, con todas sus riquezas, después de haber vencido a Darío III en Gaugamela y provocar su huida. En Ecabatana lo encontró agonizante, y sobre el cadáver arrojó su capa para taparlo. Hizo prisioneras a las hijas de Darío y llegó a casarse con una de ellas, Barsine, hija de Parisátide, y a la madre, a quien respetó y ordenó que se la tratara como miembro de la realeza (su aprecio por Alejandro lo llevó al suicidio a la muerte de éste). En su expansión hacia Asia y África iba fundando una ciudad tras

otra siguiendo el modelo del urbanismo griego. Babilonia, Susa, Persépolis, Samarcanda... fueron cayendo bajo su espada. Su ambición sin límites y su deseo de alcanzar los confines del mundo oriental forzaron la resistencia de sus soldados, que se amotinaron y le obligaron a regresar a la patria desde la India después de años de batallas y enfrentamientos. Retornaron siguiendo el curso del río Indo, y aprovechó el viaje para guerrear contra los pueblos que se asentaban en sus orillas. Estuvo a punto de morir varias veces, una de ellas durante el

ataque a una de las fortalezas de los malios y otra por beber agua contaminada. Perdió gran parte de sus naves durante un temporal en la desembocadura del río, pero había conseguido ser el nuevo Dionisos, el nuevo Aquiles y el nuevo Hércules. Para emular a Ciro y convertirse en el nuevo Rey de Reyes sólo le faltaba la reunificación de Grecia, Persia y Media. Por eso a su regreso continuó sin descanso la expansión de su imperio.

La muerte de su amigo Efestión, que había sido para él lo que Patroclo para Aquiles, supuso un duro golpe para Alejandro y un augurio de su propia muerte. Llenó entonces el palacio de adivinos y sacerdotes que celebraban sin interrupción exorcismos y sacrificios que no impidieron que unas fiebres contraídas por la malaria acabaran con su vida. Su imperio, cuyas luchas sucesorias arrastraron a la muerte a sus esposas y a sus hijos, quedó dividido en reinos helenísticos que se repartieron sus generales.

X-1-2015

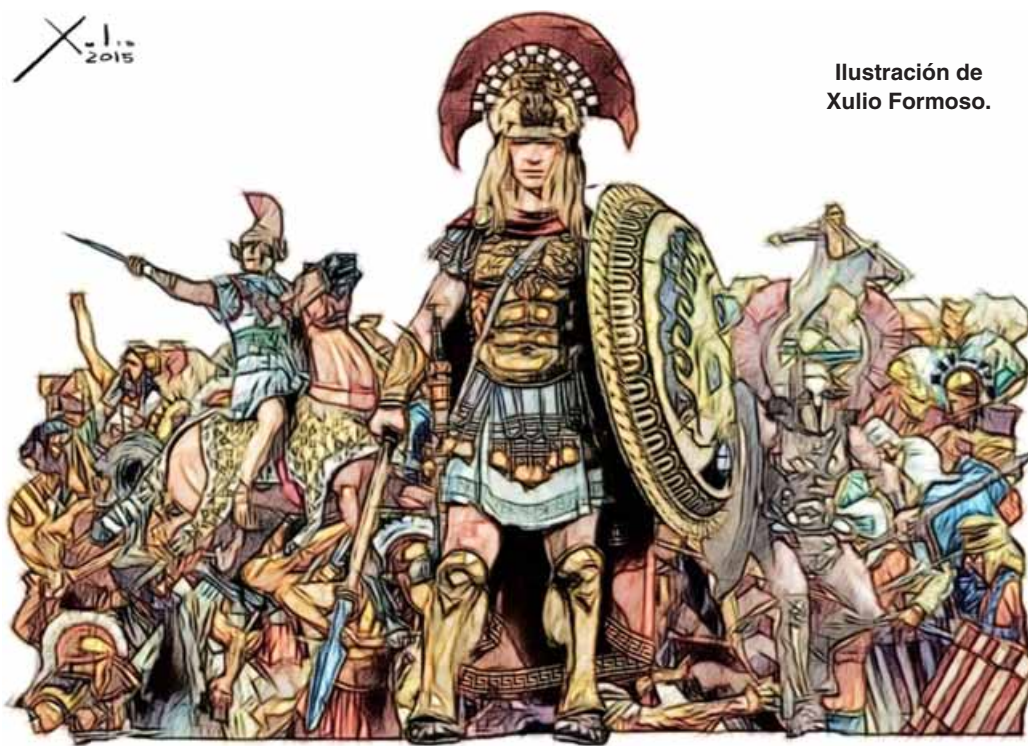


Ilustración de Xulio Formoso.

En un arrebato de ira, después de un banquete en Maracanda durante el que había bebido demasiado, alanceó a Clito el Negro, su amigo de la infancia y uno de sus mejores generales

La defensa de la palabra

El éxito del escritor francés Jean-Paul Didierlaurent con "El lector del tren de las 6.27"

Lauren García

Publicada en veinticinco países y salvaguardada por los parabienes de la crítica, la novela Jean-Paul Didierlaurent (Les Vosges, 1962) *El lector del tren de las 6.27* se ha convertido en un fenómeno editorial que se propaga poco a poco desde su Francia natal. Guibrando Guiñol, su personaje principal, realiza diariamente un trayecto de veinte minutos hacia su lugar de trabajo mientras lee en voz alta publicaciones dispares como un premio Goncourt o un recetario de cocina. Su jornada laboral consiste en operar con una trituradora libros, una máquina Zerstor a la que le autor francés le otorga una condición maligna bautizándola como "La Cosa". La fábrica arrojará su hostilidad contra Guiñol en un oficio que le desagrada y que él describe como "escenario del crimen".

Ante todo, cabe recordar que también existe "un mundo donde los libros tenían derecho a terminar sus días plácidamente ordenados en esos puertos verdes a lo largo del pretil de la orilla, envejeciendo al ritmo del enorme río bajo la protección de las torres de Notre-Dame". En medio de un lugar poblado por las ratas el protagonista entablará dos relaciones con compañeros laborales. La primera será cómplice y fraternal con Giuseppe, que perderá sus piernas a causa de la acción de "La Cosa" y las encontrará en el colmo de los imposibles gracias a "Jardines y huertos de antaño" de Jean-Eude Freysinet, un libro fetiche para constatar que "el tiempo actuaba sobre los libros como el hielo sobre las piedras enterradas, que tarde o temprano acaban por salir a la superficie". La segunda con Yvon Grimbert, recitador de pareados en una obra que Didierlaurent consigue atravesar de citas literarias.

El día a día anodino y rematadamente gris de Guibrando Guiñol, cuya única compañía en casa es la de un pez rojo, irá troquelándose y cobrando intensidad vital a medida que se va entusiasmando con sus lecturas a sus compañeros de vagón.

El protagonista se siente progresivamente partícipe de la historia intrínseca de la vida. El tren constituirá un espacio habitable de felicidad, e incluso será reclamado para declamar en una residencia de ancianos. Todo un sentido romántico de búsqueda que radica en la palabra: "Amo los libros, aunque me paso la mayor parte del tiempo destruyéndolos". El hallazgo de un pendrive firmado por Julie con textos de raigambre literaria, acabará por poner la piedra angular del amor y rotular la existencia de Guiñol.

El lector del tren de las 6.27 acaba por sumergirse en el mensaje transparente y meridiano de que un día sin literatura puede ser un día perdido.



El lector del tren de las 6.27

JEAN-PAUL DIDIERLAURENT

Seix Barral, 195 págs.